

Como hemos dicho en otro lugar, estas ceremonias se parecían mucho á los que celebramos los europeos.

Presentábanse los contrayentes en el teocali, y uno de los sacerdotes, despues de dirigirles preguntas, en las que ratificaban su voluntad de contraer aquel lazo, tomaba con una mano el velo de la mujer y con la otra el manto del marido, y hacia un nudo con los extremos.

De este modo volvian á su casa acompañados del sacerdote y allí daban siete vueltas, segun disponia el ritual.

Este último detalle era indispensable para que al matrimonio fuera valedero.

Para parecerse en todo á nosotros, otorgaba el marido instrumento público á favor de su mujer respecto á los bienes que traia en dote, y sus leyes ordenaban, como las nuestras, que los restituyese á sus parientes en caso de fallecer aquella sin dejar sucesion.

Las bodas se celebraron con gran solemnidad.

Los novios comieron en público acompañados de todos los altos dignatarios de la corte, y durante el festin los bufones lucieron su ingenio, y las músicas dieron más brillo á la fiesta.

Hubo danzas y torneos en la ciudad, y durante tres dias se suspendieron todos los trámites, se cerraron los tribunales, y hasta en el templo no se sacrificó víctima alguna.

Los esposos, que presidieron aquellos festejos, regresaron al palacio, y allí tuvo lugar una escena, á la que vamos á asistir en el próximo capítulo.

CAPITULO XCV.

Una venganza.

El curandero que, llamado por Quetlahuaca, habia quedado á la cabecera del lecho de Litzajaya para prestarle los auxilios de la ciencia, hizo llegar con el mayor sigilo á oídos del monarca que la enferma se hallaba próxima á exhalar el último aliento, y que le suplicaba fuese á verla.

No bien se presentó, clavando en él su mirada Litzajaya, le dijo con acento de desesperacion:

—Ya estarás contento, porque sé que te has casado.

Quetlahuaca, no queriendo amargar los últimos dias de la enferma, contestó con la mayor serenidad:

—Estás en un error; no solamente me he casado, sino que no me casaré. Si he podido estar obcecado un momento, tus palabras me han recordado mi deber.

Te amo más que á mi vida, y solo contigo contraeria ese lazo

—¡Me engañas!

—Te digo que no.

—Sólo de una manera me convenceré de que me amas, de que vas á ser mio.

—Exígeme lo que quieras.

—Dáme tu mano.

Quetlahuaca obedeció.

La india la estrechó con efusion.

—Dame un ósculo, le dijo, mirándole cariñosamente.

Al efectuarlo le sujetó la india con sus descarnados brazos, que parecían de hierro, y con alegría infernal exclamó:

—Voy á morir; pero tú morirás abrazado conmigo.

Quetlahuaca forcejeaba por desasirse de sus manos, sin poder conseguirlo.

La agonía de Litzajaya avanzaba por la violenta lucha que sostenía.

A los gritos que daba el príncipe de Iztaepalapa acudió el curandero, que se había retirado á la habitación inmediata.

—Libradme de esta mujer, decía horrorizado.

El médico obedeció.

Litzajaya, casi moribunda, fijando en él sus ojos con siniestra expresión:

—No importa..... dijo. Ya estoy vengada..... has respirado mi aliento... mi sudor se ha infiltrado en tu sangre, y... la.... enfermedad..... que yo padezco..... es una enfermedad que..... acorngoja..... y que..... mata..... á los que..... se acercan.....

El esfuerzo que hizo para pronunciar estas últimas palabras, le arrebató la vida.

La enfermedad de que sucumbía era la viruela.

La emoción que la terrible escena que acababa de presenciar Quetlahuaca le produjo, le hizo caer en el lecho.

Desde el primer momento presentaba síntomas alarmantes.

La enfermedad de la india le había contagiado.

La noticia circuló por la ciudad, y un espantoso pánico se apoderó de todos.

El entierro de Litzajaya se hizo con el mayor secreto.

Los que la condujeron á la última morada, también fueron atacados de la viruela.

Esta plaga se extendió por todo México.

Cada día era mayor la consternación.

Las víctimas iban siempre en aumento.

—¡Oh! exclamaban algunos. Los españoles han traído ese azote. ¡Guerra y exterminio para ellos!

—Recordad, decían otros, que son los descendientes del gran Quetzalcoal. ¡Nada podremos oponer á sus iras!

¡Ahora pagamos el destrozo que hemos hecho en sus filas!

—Los dioses empiezan á abandonarnos!

—¡Que ellos se apiaden de nosotros.

—Es preciso, para aplacar sus iras, inmolar víctimas en sus aras!

—Sí, sí; corramos al templo.

Se dirigieron á los teocalis, y comenzaron de nuevo á practicar aquellas inhumanas ceremonias.

Los teopixques participaban de la consternación general.

En tanto que esto sucedía, en palacio se alarmaban cada vez más al contemplar el estado de Quetlahuaca.

La enfermedad hacia rápidos progresos, y ya se desesperaba de salvarle.

La muerte se apoderó por fin de aquel débil príncipe.

Los partidarios de Guatimotzin comenzaron á agitarse.

Los ministros y los altos dignatarios, viendo el mucho partido que tenía entre los mexicanos, y deseando evitar mayores males, para acallar al pueblo, que le aclamaban por su emperador, despacharon emisarios á participar al esposo de Guacalcinla el fallecimiento de Quetlahuaca y los deseos que todos manifestaban de que le sucediese en el trono.

Quando los embajadores llegaron á Tacuba y le indicaron el objeto de su viaje, Guatimotzin se negó á aceptar aquella proposición.

Aunque este príncipe era ambicioso, recordaba aún con pena el ultraje que le había inferido el monarca que acababa de morir al arrebatarse el mando del ejército.

—Decid á todos, exclamó bajo la presión de aquel recuerdo doloroso, que agradezco las simpatías que demuestran en mi favor; pero que aún no he olvidado la indiferencia con que permitie-

ron que se me relevase del honroso cargo que desempeñaba en otro tiempo.

—Ved que los ánimos están muy exaltados, que solo vos podéis calmaros, que la salvacion de la patria exige que os presentéis en México.

—La ingratitud con que se han premiado todos mis servicios, hacen que mi resolucion sea irrevocable.

—Pero ahora se trata de reparar la injusticia de un soberano mal aconsejado.

—Consultaré al oráculo, y obedeceré su consejo.

Acudió á un butio que vivia en las cercanías, y éste, que habia sido desterrado allí por sujestiones de los teopixques de México, que sabia que también por su influencia habia sido relevado del mando del ejército Guatimotzin, conociendo que éste se vengaria de aquellos intrigantes sacerdotes:

—Id, le dijo, los dioses quieren que salveis á México.

El príncipe se decidió, y despidiéndose de su esposa, que con lágrimas y ruegos le suplicaba que no la abandonase, y estrechando á su hermoso hijo, salió de Tacuba con direccion á la imperial ciudad de México.

Inhijambia permaneció en palacio hasta saber qué disponia de ella su ingrato amante.

Cuando estos sucesos tenian lugar, llegaron á Tlaxcala, como recordarán nuestros lectores, unos embajadores á participar al senado que el soberano de México habia dejado de existir víctima de la epidemia que asolaba á la ciudad.

CAPITULO XCVI.

Entrada de Guatimotzin en México.



GUATIMOTZIN entró en la ciudad imperial seguido de los embajadores, y la muchedumbre se agolpó á recibirle y á victorearle.

Por un momento dieron tregua á su dolor los mexicanos.

La viruela, sin embargo, se propagaba con lamentable rapidez.

Se dirigió á palacio, y ordenó que las exequias de Quetlahuaca se celebraron con inusitada pompa.

El pueblo, impresionable siempre, acudió á aquella fúnebre solemnidad.

Terminada la ceremonia, regresó de nuevo Guatimotzin á palacio, y reunió á todos los guerreros que eran decididos partidarios suyos.

—Graves son las circunstancias que atraviesa el imperio, les dijo, las noticias que he podido adquirir durante mi permanencia en Tacuba, me hacen temer que se prepara una gran catástrofe. Los españoles tienen por partidarios á los caciques de algunas tribas próximas; y los refuerzos que éstos les proporcionan pueden sernos fatales.

Pero yo, que he jurado exterminar á los españoles, que no me arredran los peligros, estoy decidido á darles la batalla en cuanto se presenten. ¿Puedo contar con vosotros?

—Donde tú vayas te seguiremos, respondieron todos con entusiasmo.

—No esperaba yo ménos de tan valerosos guerreros.

Voy á disponer todo para que no nos halle desprevenidos el enemigo.

Y despidiéndose de sus antiguos compañeros, volvió de nuevo á palacio.

No bien estuvo allí, le anunciaron que la emperatriz viuda deseaba verle, y que solicitaba una audiencia.

—La tiene concedida, contestó.

Inhijambia no tardó en presentarse.

El príncipe Guatimotzin reconoció en seguida á su antigua amante.

Pero dominándose, y como si fuera la primera vez que la veía:

—Os acompaño en el sentimiento que habrá producido en vos la pérdida que habreis sufrido, dijo, porque desgracia y grande es verse viuda á los pocos dias de haber tomado esposo.

—Agradezco esos consuelos, que creo sinceros, por más que se conviertan para mi alma en afilados dardos

—Siento en verdad, que mis palabras aumenten vuestro dolor, y bien saben los dioses que no es tal mi intencion al manifestaros que me asocio á vuestras penas.

—Si me habeis reconocido, lo que no dudo, á pesar de vuestro fingimiento, bien comprendereis que he de mirar como un sarcasmo esos consuelos, despues de haber sido vos la causa de todas mis desventuras.

—No es esta la ocasion ni el lugar oportuno para recordar escenas que yo he olvidado por completo.

—No lo dudo, dijo con acento irónico Inhijambia; la felicidad nos hace egoistas, y nada puede importarnos que otros séres padezcan.

—Os suplico que echemos un velo sobre lo pasado, máxime cuando vuestra aficcion no seria tanta, toda vez que cedisteis

á dar vuestra mano á Quetlahuaca. Bien es verdad que la idea de ser soberana de México, halagaria vuestro amor propio.

—Digno tambien de vos es ese miserable pensamiento; pero habeis de saber, aunque me cueste rubor confesarlo, que si yo he consentido en ser esposa de Quetlahuaca, era porque me sonreia la esperanza de acercarme á vos, porque queria revelaros los tormentos que he sufrido por vuestro desprecio, y demostrándoos que nunca os habia olvidado, aspiraba á que premiárais mi constancia, mi cariño.

—¿Es decir, exclamó Guati motzin, que deseaba poner término á aquella enojosa escena, que al prestar juramento de fidelidad á vuestro esposo, proyectábais un adulterio? ¿Es decir que ni siquiera sentíais agradecimiento al que os elevaba al trono del imperio más poderoso del mundo?

—¿Y qué vale todo eso cuando se siente el vacío en el corazón?

—¿Acaso pueden llenarle pasiones criminales?

—¿Y quién os ha dicho que al corazón se le sujete con absurdas leyes?

—Callad, callad; ese lenguaje mancha vuestros labios, y por más que lamente vuestra obcecación, no puedo consentir que os expreseis en esos términos.

Por otra parte, debo deciros que renunciéis á toda esperanza. Yo amo á Guacalcinla, ella me corresponde, disfrutamos esos goces inefables que proporciona el hogar, nuestra felicidad es inmensa al contemplar á nuestro hijo, y yo por nada del mundo perderia la tranquilidad de que disfruto; porque al perderla, dando cabida en mi pecho á un amor criminal, causaria la muerte á mi querida esposa.

—¡Ah! exclamó ciega de ira Inhijambia. ¿Conque al desprecio añades el ultraje? Tú acabas de sentenciar á México á completa ruina. Adios para siempre.

Y ciega de ira, vomitando llamas por los ojos, abandonó la estancia.

Volvió á su cuarto, llamó á sus servidores, les manifestó que deseaba ir á reunirse con su padre, y aquel mismo dia partió.

Guatimotzin se hallaba pensativo por la amenaza que al despedirse la india le habia hecho, y un confuso griterío que llegó á sus oidos le sacó de aquella abstraccion.

Se asomó á una de las ventanas de su palacio, y vió al pueblo que en aptitud amenazadora se dirigia á su morada.

—Que Guatimotzin se ponga al frente de nosotros, decian; la peste se deja sentir con más fuerza cada dia.

Los españoles han traído este terrible azote sobre la ciudad.

Salgamos todos á exterminarlos, y vengemos la muerte de tantas víctimas como han perecido por causa de ellos.

El emperador les tranquilizó, ofreciéndoles acceder á sus deseos, y cuando se disponia á salir al encuentro de los extranjeros, llegaron algunos espías que habia enviado á las tribus inmediatas para saber el espíritu que dominaba en ellas.

—Los españoles ganan terreno, le dijeron; todos los indios enemigos de México se han coaligado con ellos, y con poderosas fuerzas se disponen á volver á la ciudad.

CAPITULO XCVII.

Coronacion de Guatimotzin.



Ex profeso hemos dejado para este capítulo la descripción de las ceremonias y fiestas que tuvieron lugar cuando la coronacion de Guatimotzin.

El dia señalado acudieron á la capital los caciques de todos los pueblos tributarios de México acompañados de un séquito verdaderamente régio.

El movimiento extraordinario que se notaba en todas partes era indicio de la alegría que producía en todos su elevacion al trono.

Las espaciosas calzadas estaban cubiertas de multitud de curiosos, cuyo número aumentaba de minuto en minuto.

Los canales se veian surcados todas las horas del dia, y aun en las primeras de la noche, por innumerables piraguas cargadas de mercancías y víveres; así es que no escaseaba nada en la gran plaza de Tlatelulco, á pesar del aumento de consumo.

En todos los templos y palacios se hacian preparativos de fiesta, que el pueblo acudia á contemplar invadiendo los pórticos y llenando las plazas.

Amaneció despejado y brillante el dia señalado para la inauguracion del nuevo reinado.

Jamas el sol espléndido de la zona ecuatorial iluminó con más puros rayos las regiones mexicanas.

Diríase que el astro propicio se gozaba en asociarse por última vez, en toda la plenitud de su gloria, á la de los reyes aztecas, próxima á hundirse en un eclipse eterno.